

Aspectos militares de la Guerra Civil española

General R. SALAS LARRAZABAL
Investigador. Salamanca

1. La situación inicial

La Guerra Civil española fue, obvio es decirlo, exactamente eso, una guerra y todo lo que sucedió en España durante aquellos 32 meses estuvo, necesariamente, influido por lo que acontecía en los frentes.

Su desencadenamiento había sido posible por la escisión de la sociedad en dos bloques contrapuestos y mutuamente excluyentes que aunque muy heterogéneos en su composición hicieron frente común ante sus antagonistas.

Azaña, por boca de su personaje Garcés, decía en «La Velada en Benicarló»: «La corriente inspiradora de la República ha quedado desviada o enturbiada»¹ y Tagüeña, en Testimonio de dos Guerras, escribió: «Todos nos habíamos dejado arrastrar por las ilusiones de la república y demasiado pronto perdimos la fe en los medios democráticos de gobierno, que veíamos impotentes. Con la impaciencia natural de la juventud, deseábamos, de un modo más o menos concreto, que nuestro país mejorara por un camino de disciplina, abnegación y sacrificio, apartando violentamente los obstáculos que se presentarían.»²

1 AZAÑA, Manuel: Obras Completas. Oasis México. 1967. Tomo III, pág. 434.

2 TAGÜEÑA LACORTE, Manuel: «Testimonio de dos Guerras». Oasis México. 1973, pág. 43.



Estos obstáculos eran los grupos políticos y sociales que se integraban en el bloque adversario. Antes del 18 de julio de 1936 se configuraron como coaliciones electorales, después en núcleos beligerantes que para aspirar a vencer tuvieron que crear los instrumentos militares correspondientes que no surgieron por generación espontánea. Fueron hijuela de las Fuerzas Armadas de la República.

Estas estaban integradas por cuatro instituciones perfectamente diferenciadas:

Ejército, constituido por:

—Ejército Territorial: 8 Divisiones orgánicas, una de Caballería, 3 Brigadas de montaña, las guarniciones de los archipiélagos y bases navales y tropas de cuerpo de ejército y ejército con 117.385 hombres.

—Ejército de Africa: Fuerzas Militares de Marruecos (FMM) y las Jalfianas del Madjen con 47.127 hombres, incluida la policía.

Marina: 2 Acorazados —uno fuera de servicio—; 7 cruceros —uno fuera de servicio y dos en construcción muy avanzada—; 17 destructores —3 anticuados y 5 en construcción a punto de entregarse a la Flota—; 13 submarinos —uno en grada—; 16 torpederos y escoltas y otros buques auxiliares. En total 21.975 hombres.

Aviación: No constituía fuerza autónoma aunque tenía un órgano propio de administración: la Dirección General de Aeronáutica y tres Servicios; aviación militar, aeronáutica naval y aviación civil. Disponía de 35 escuadrillas —26 del Ejército y 9 de la Armada— con 450 aviones —todos anticuados— y 5.307 hombres.

Fuerzas Paramilitares: 67.300 hombres de los que 34.391 pertenecían a la Guardia Civil; 15.249 al cuerpo de carabineros y 17.660 al de seguridad y asalto.

Todas estas fuerzas estaban mandadas por 15.445 oficiales generales y particulares del Ejército y por 1.968 almirantes, generales y oficiales de la Armada que en España, desde la guerra de la Independencia, creían lícita y hasta obligada, como los partidos y grupos sociales, la intervención del Ejército en las graves crisis políticas. En los últimos años se habían producido sublevaciones contra Primo de Rivera en 1926, 1927 y 1929; contra la monarquía en 1930; contra el gobierno de Azaña en 1932; contra los gobiernos de centro derecha en 1934 y el proceso se reiniciaba en 1936. La novedad era que las rebeliones aumentaban en amplitud y radicalización. La de 1934 estuvo a punto de degenerar en guerra civil, la de 1936 la desencadenaría.

El general Mola, se autodesignó Director de la conspiración contra el gobierno de Frente Popular que surgió de las elecciones de febrero de 1936 y se planteó el supuesto de que el triunfo exigiría la ocupación de Madrid donde la guarnición local sería incapaz, sin ayuda externa, de derrotarle. Para lograrlo

dispuso que se sublevaran las divisiones 5 (Zaragoza), 6 (Burgos) y 7 (Valladolid), y organizaran otras tantas columnas que confluirían en la capital. La brigada de Asturias y la 8 división (La Coruña) mantendrían a raya a los mineros; la 3 división (Valencia), formaría dos columnas: una que reforzaría a la 4 (Barcelona) y otra que acudiría también a Madrid y las restantes se mantendrían en actitud pasiva.

Luego, cuando se pusieron de manifiesto las muchas dificultades con que el plan tropezaría, decidió contar con las F.M.M —a las que la Armada pondría en la Península— que constituirían dos columnas móviles en Málaga y Algeciras para progresar desde allí a Madrid.³

Este plan, en el que se basaba toda la estrategia de los sublevados, se vino abajo por la defección de la flota y el fracaso en Madrid, Barcelona, Valencia, Cartagena y Bilbao, donde las guarniciones se dividieron o permanecieron leales. Mola había triunfado en Galicia, en Castilla-León, en Cáceres, en Alava, Navarra y La Rioja, en las capitales aragonesas, en las de la Andalucía occidental —Córdoba, Sevilla, Cádiz— y en las provincias insulares —excepto Menorca— una amplia zona sobre la que ejercer su autoridad pero dividida en varios focos sin enlace entre sí. El Gobierno retenía: La Mancha, Cataluña, Valencia, Murcia, la Andalucía oriental, más de la mitad de Aragón, Menorca, y, en el norte, aisladas, Guipúzcoa, Vizcaya, Santander y Asturias — salvo la capital—. Ni los rebeldes habían conseguido sus objetivos ni el gobierno había logrado derrotarlos, la situación desembocaba en guerra civil. Para librarla contaban únicamente con la parte de las Fuerzas Militares de anteguerra que acuartelaban en la península. La inmovilizada en las provincias insulares, o en los territorios de soberanía o protectorado era una fuerza potencial que no encontraba posibilidad de aplicación y que, por lo tanto, era como si no existiera.

Pues bien el gobierno conservó íntegramente las divisiones 1, 3 y 4 y la 1 Brigada de montaña; y parte de las 2, 6, 7 y 8 de las brigadas de montaña 2 y 3 y la división de caballería. Los sublevados la totalidad de la 5 y fracciones mayoritarias de las compartidas. Un reparto relativamente equilibrado que se vencía del lado del gobierno por la importancia determinante de las guarniciones de Madrid, Barcelona y Valencia, en las que se acumulaban la mayoría de los medios de apoyo y reserva, y por el desigual de los medios e individuos de los cuerpos de la Guardia Civil, Carabineros y Seguridad, fuerzas profesionales con un valor inicial superior a las del ejército territorial, formado por reclutas con escasísima instrucción y pobre encuadramiento.

³ Las directivas e instrucciones de Mola fueron 13 y se espaciaron desde el 29 de abril y el 1 de julio. Las transcribe íntegramente CIERVA Ricardo de la: «Historia de la Guerra Civil». San Martín. Madrid. 1969, págs. 769-785.

Esto le daba una clara ventaja pues las magníficas tropas africanas —seis banderas del tercio, 15 tábores de Fuerzas Regulares Indígenas (F.R.I.); 6 batallones de cazadores y dos grupos de ametralladoras—, tropas ligeras pero sumamente entrenadas, bien mandadas y muy disciplinadas, no podían atravesar el Estrecho, dominado por la flota de la que se habían adueñado los oficiales auxiliares y de máquinas. Sólo el acorazado «España», que no estaba en servicio; el crucero «Cervera», que se encontraba en dique, y el destructor «Velasco» se unieron a la rebelión. Por añadidura más de 300 de los 450 aviones de que se disponía quedaron en poder del gobierno, con lo que su dominio del aire era tan completo como el que ejercía en el mar.

En definitiva, a finales de julio el gobierno disponía en tierra —en números redondos— de 160.000 hombres y los sublevados de 150.000, de los que 70.000 y 35.000 eran milicianos. A los 17.413 oficiales en activo se sumaban los casi 8.000 retirados en edad de servicio y los algo más de 6.000 de complemento, 31.000 individuos que después de muy distintas vicisitudes se repartieron así: 14.000 engrosaron las filas de Franco, 8.000 las gubernamentales y los restantes quedaron anulados, bien por muerte o encarcelamiento bien por haber sido expulsados o permanecer escondidos.⁴

2. Ejército o Milicias

Ante este panorama los sublevados mantuvieron, con ligeros retoques, la estrategia de Mola. Su objetivo seguía siendo Madrid. El gobierno se dispuso a defenderle pero este esquema, se resintió en la zona que entonces se llamó roja al desencadenarse una revolución que creó sus propios órganos de gobierno. El poder pasó a los comités de partido, sindicato, localidad, provincia o región y el Estado y sus Fuerzas Armadas se desmoronaron.

El Gobierno contribuyó a su desmantelamiento disolviendo las unidades en que se hubieran producido brotes de rebelión y como dada la división del Ejército, reflejo de la del país, no hubo prácticamente ninguna guarnición en la que no se produjera alguna, las Fuerzas Armadas quedaron dislocadas aunque inicialmente constituyeron el nervio de todas las columnas que el gobierno envió para detener a los rebeldes.

En Madrid, donde el ministro de la guerra era algo más obedecido, se dispuso la salida de diferentes columnas mandadas por los Generales Riquelme, Bernal y Miaja y los Coroneles Castillo y Puigdëndolas con la misión de cortar

⁴ La cifra de oficiales en activo del Ejército se refiere a la situación el 1 de abril de 1936; entre ese día y el 18 de julio se aumentó en dos o tres centenares. La de oficiales de marinos a 1 de julio de 1936 —ver SALAS LARRAZÁBAL, R.: «Historia del Ejército Popular de la República». Tomo III, págs. 2.417-2.418 y «Los datos exactos de la Guerra Civil», pág. 275.

el camino a las que de Valladolid, Burgos y Pamplona habían salido en dirección a la capital; reducir los núcleos rebeldes de Toledo, Alcalá y Guadalajara y ocupar Albacete para desde allí seguir hacia Granada, Córdoba y Sevilla en poder de los sublevados.

Esta última columna, al mando de Miaja, enlazó con las levantinas del General Martínez Cabrera que avanzaba hacia Granada desde Málaga, Almería, Cartagena, Murcia y el propio Albacete.

De Valencia, donde el mando militar recaía en el General Martínez Monje, salieron sendas columnas, una hacia Andalucía para sumarse a las de Martínez Cabrera y otra hacia Teruel.

De Barcelona partieron cuatro a la conquista de Aragón organizadas por el Comité Central de Milicias antifascistas y que tuvieron un predominante aire miliciano aunque en ellas no faltaran fuerzas específicamente regulares como las que mandaron los coroneles Villalba y Martínez Peñalver.

En el norte se produjeron acontecimientos similares. En San Sebastián las columnas mandadas por el Comandante de Estado Mayor Pérez Garmendia se enfrentaron a las navarras que pretendían invadir Guipúzcoa y en Vizcaya fue el teniente coronel Vidal Munárriz el jefe de las columnas que partieron hacia los puertos de la divisoria proponiéndose como objetivo Vitoria. En Santander el comandante García Vayas se adentró en tierras burgalesas y en Asturias el coronel Franco organizó los sitios de Gijón y Oviedo donde se defendían los coroneles Pinilla y Aranda.

Todas las columnas, en todos los frentes, eran heterogéneas pero en las que el componente miliciano resultó preponderante, las fuerzas regulares acabaron disolviéndose en él.

Por su parte los sublevados constituyeron en Burgos el día 24 de julio la Junta de Defensa Nacional presidida por el general Cabanellas que dispuso la articulación de sus fuerzas en tres grandes agrupaciones: el Ejército del Norte (General Mola) con autoridad sobre el territorio de las divisiones 5, 6, 7 y 8; Ejército de Marruecos (General Franco) y el Ejército del Sur, general Queipo de Llano.

Mola, inició una serie de operaciones ofensivas en dirección a Madrid e Irún, pero se vio pronto detenido y llegó a pensar en retirarse a un reducto en el que pudiera extremar la resistencia. La falta de municiones y la baja calidad de sus tropas, tan heterogéneas como las adversarias, imponían un equilibrio que pronto se alcanzó y que determinó el establecimiento de los frentes del Norte, de Aragón, y de las Sierras centrales.

Franco estaba inmovilizado en Marruecos y para salir de su paralización inició un puente aéreo entre el protectorado y la península con los escasos medios aéreos de que disponía y para reforzarle envió a Alemania e Italia emisarios con la misión de adquirir aviones de transporte. Esta demanda, y la

simultánea del Gobierno de Madrid al de París en solicitud de ayuda pusieron en marcha el mecanismo de lo que se ha denominado internacionalización de la guerra española.

Antes de que comenzara agosto ya estaban en la península 4 Tábores de regulares y 3 Banderas del Tercio y esa pequeña fuerza fueron suficientes para que el general Queipo pudiera salir de su delicada situación inicial, enlazar con Córdoba y Granada y ocupar Huelva estableciendo su dominio sobre toda la Andalucía occidental y parte de la central.⁵ Una vez que lo logró, Franco constituyó la que se llamó «Columna de Madrid», que el día 2 de agosto inició su marcha hacia la capital de España pero con un significativo cambio de itinerario. En vez de seguir la tradicional línea de invasión, inversa a la que quería recorrer Míaja eligió el excéntrico camino de Extremadura. La razón era bien sencilla, había que enlazar cuanto antes con Mola y llevar al Ejército del Norte las municiones que perentoriamente necesitaba. Por añadidura la frontera amiga de Portugal brindaba una buena protección a su flanco izquierdo. Esa vanguardia del ejército expedicionario, inicialmente al mando de Yagüe, y con solo cuatro unidades tipo batallón, se reforzaba diariamente con nuevas tropas que pasaban por el aire.⁶

Estas tropas ya no eran las de Mola y el desequilibrio con las fuerzas milicianas o las militares improvisadas de Badajoz era tan acusado que en muy pocas jornadas enlazaron con las norteñas invirtiendo la situación estratégica que empezaba a ser favorable a los rebeldes aunque este acontecimiento no se materializaría de forma definitiva hasta que el día 29 de septiembre los cruceros «Canarias» y «Cervera», después de hundir al destructor «Ferrándiz» y poner en fuga al «Gravina», abrieron el camino del Estrecho a las fuerzas africanas hasta entonces obligadas a seguir la ruta del aire de muy escaso rendimiento.⁷

5 Se inició el puente aéreo el 20 de julio con 2 Fokker, 1 Douglas, 2 hidros Donier Wall y 3 Braguet XIX que transportaron a razón de 8 hombres por vuelo. Por mar pasaron el 18 de julio 2 Tábores. El 1 de agosto estaban ya en la península cuatro Tábores (1 y 2 de Ceuta; 3 de Larache y 2 de Tetuán) y tres Banderas (4, 5 y 6).

6 Los emisarios de Franco consiguieron la ayuda de Hitler que se materializó en el envío de 20 Junkers de transporte —que llegaron en vuelo, el primero el 28 de julio y el resto a lo largo de las dos semanas siguientes— y 6 He-51 transportados en el vapor Usaramo que arribó en Cádiz el 16 de agosto llevando también los medios para armar los Junkers. Ver VÍÑAS, Angel: «La Alemania nazi y el 18 de Julio». A. U. Madrid, 1974 (el autor cree, equivocadamente, que 10 de los Ju-52 viajaron en el Usaramo), págs. 451-474. La ayuda italiana —12 S.81 que salieron de Cagliari el 20 de julio y de los que sólo llegaron 9 y 12 Fiat CR 32 que desembarcaron el 14 de agosto—, se decidió por Mussolini el 26 de julio: SANZ CAMPO, Ismael: «De la conspiración a la instrucción Mussolini y el Alzamiento Nacional». Cuadernos de Trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma. 15/1981. Para el comportamiento francés, SALAS LARRAZÁBAL, Jesús: «Intervención extranjera en la Guerra de España». E. N. Madrid, 1974, págs. 31-86.

7 El «Almirante Cervera», en dique seco el 19 de julio, se hizo a la mar el 26 para iniciar su actividad por el Cantábrico. «El Canarias», en construcción avanzada, apareja a toda velocidad y el 16 de septiembre zarpa en su primer viaje de instrucción. Ambos, aprovechando la marcha de la Flota republicana al Norte, salieron hacia el estrecho el 27 según plan de Mola y Moreno. Ver CERREZO, Ricardo: «Armada Española Siglo XX». Ed. Poniente. Tomo III, págs. 43-44 y 156-163.

La confrontación entre unas tropas auténticamente regulares y la informe mescolanza de milicianos, soldados y guardias que constituían las columnas gubernamentales, se saldó con la derrota reiterada de éstas y ello impulsó al gobierno a intentar reconstruir las Fuerzas Armadas del Estado. Empresa difícil porque todos los grupos sociales y políticos que le apoyaban veían en el ejército al enemigo natural y creían que las milicias populares armadas, con su entusiasmo y ardor, serían mucho más eficaces. Los intentos del General Castelló y el Teniente Coronel Hernández Saravia, sucesivos ministros de la Guerra, que dispusieron el cuadramiento de los milicianos en batallones, el llamamiento a filas de los reemplazos de 1934 y 1935 y la creación del Ejército voluntario, fracasaron y los reservistas en vez de engrosar a las fuerzas militares alimentaron las milicias.⁸

La Junta de Burgos había ordenado la incorporación de tres reemplazos, pero Franco seguía fiando casi exclusivamente en sus tropas africanas y únicamente empleaba las otras y los voluntarios en la defensa de los frentes pasivos y en funciones de apoyo y flanqueo. Aún así al terminar agosto los efectivos en uno y otro bando se acercaban ya a los 300.000 hombres y para armarlos y dotarlos no era bastante la producción interna ni las existencias en los parques y de ahí que la demanda a los mercados exteriores creciera, insistente y acuciante. Las potencias europeas, temiendo que una competencia entre ellas, pudiera desencadenar un conflicto generalizado, firmaron el Pacto de No Intervención, que se puso en vigor el 9 de septiembre de 1936 y por el cual se comprometían a no permitir el aprovisionamiento directo o indirecto de los contendientes aunque permitirían la recluta de voluntarios y las cuestaciones o donativos.⁹

De momento las entregas fueron relativamente escasas y muy equilibradas pero el deterioro de la situación militar de los gubernamentales introduciría un elemento distorsionante. Las tropas de Franco llegaron al Valle del Tajo, se desprendieron de algunos «batallones» para sacar de su atolladero a los que inútilmente atacaban Irún, a los que con grandes dificultades defendían Huesca y a los que pretendían, desde Galicia, llegar a darse la mano con los que defendían Oviedo, (los que resistían en Gijón ya habían sido aniquilados) y hacer por el norte una labor semejante a la que en ayuda de Queipo habían realizado en el sur.

8 El fracaso no fue total. El ejército voluntario, cuya creación se ordenó el 16 de agosto, consiguió organizar unos cuantos batallones y en Madrid y su zona de influencia los reservistas fueron a los regimientos aunque luego se desparramaron en las columnas por compañías y se fundieron con las milicias.

9 Francia tomó la iniciativa el día 1 de agosto cuando Delbós telegrafió a Londres y Roma si estarían dispuestos a «adoptar reglas comunes de no intervención». (DDF. Tomo III, documento 56). Francia e Inglaterra firmaron el acuerdo el 15. Las restantes potencias entre ese día y el 24 en que lo hizo la URSS. El material de guerra objeto de prohibición era el detallado por la Sociedad de Naciones el 3-9-35 con ocasión de las sanciones a Italia.

Así como en tierra bastó la presencia de esas banderas y tábores, en aire fue suficiente la aparición de dos escuadrillas de Fiat CR.32 y una de viejos He-51 para que los gubernamentales perdieran el dominio del aire a pesar de que el número de cazas importados de Francia fue prácticamente igual.

3. El Ejército Popular triunfa en Madrid

Este doble hecho forzó la dimisión del Gobierno y el 4 de septiembre se constituyó otro presidido por Largo Caballero, hasta entonces partidario de las milicias, que sería el creador del Ejército Popular. El día que perdió Toledo, decidió su nacimiento y una semana después la Unión Soviética recababa su libertad de acción y empezaba a enviarle todo lo que precisaba para equiparle. Se estableció así una auténtica lucha contra el reloj entre las columnas que desde el 22 de septiembre mandaba Mola, —Franco ya estaba preconizado como comandante supremo, puesto en el que sería confirmado el día 29—, y las que debían dar tiempo para que el E.P. se organizara —inicialmente en Brigadas Mixtas, luego en divisiones y Cuerpos de ejército—.

Se ha repetido mucho que el tiempo perdido en ir a liberar a los que defendían el Alcázar de Toledo privó a Mola de la posibilidad de ocupar Madrid pero tuvo mayor importancia el no haber elegido en agosto la ruta de las sierras una vez efectuado el enlace entre norte y sur y luego el esfuerzo para enlazar con Oviedo que, en mi opinión, tuvo carácter decisivo.¹⁰

El milagro defensivo de Madrid se debió además de estos hechos a la eficacia del equipo Miaja-Rojo; al heroísmo de los milicianos, cuyo talante cambiaba totalmente si luchaban protegidos; a la presencia de ocho de las Brigadas del nuevo ejército y a la de las formaciones soviéticas de aviación de Smushkevich (Douglas) y de carros de combate de Krivoshein, que dieron a los republicanos la superioridad en blindados y en el aire.

Siguiendo el inevitable juego de las compensaciones, los alemanes decidieron el 30 de octubre el envío a España de la Legión Cóndor y los italianos acordaron el 27 de noviembre el de una fuerza terrestre, a la vez que incrementaban notablemente sus aportaciones aéreas. Así el equilibrio se restableció y Franco fracasó reiteradamente en sus intentos de desbordar Madrid, tarea imposible sin superioridad aérea.

En el resto de los frentes sucedía lo mismo. En el norte, la presencia de la flota republicana en septiembre frenó la ofensiva en el País Vasco y la iniciativa pasó a los gubernamentales pero tampoco ellos tuvieron éxito en sus ataques en dirección a Oviedo y Vitoria. Los frentes, endurecidos, absorbían crecientes

¹⁰ A Asturias se enviaron 8 Tábores y 1 Bandera, fuerza equivalente a tres columnas de las que operaban hacia Madrid.



cantidades de combatientes. En zona republicana se encontraban en filas al final del año 5 reemplazos y eran seis los llamados en la zona nacional. Los combatientes pasaban de los 800.000 sin contar los extranjeros, que en las Brigadas Internacionales era 35.744, en las formaciones soviéticas de Douglas y Pavlov varios millares y del otro lado uno 5.000 en la Legión Cóndor y 8.403 italianos —la afluencia masiva de éstos no se produciría hasta el primer mes de 1937.¹¹

Gran Bretaña, temiendo que esta escalada pudiera, por contagio, propagar la guerra, intentó cortar el peligroso flujo y logró que el pacto de «No Intervención» se extendiera para incluir la prohibición de enrolar voluntarios (9 de marzo) y el establecimiento de un control de puertos y fronteras que dificultara las infracciones (19 de abril).

Hasta entonces la guerra había tenido un carácter relativamente irregular. Del lado republicano había estado protagonizada por las milicias políticas y por el cantonalismo. Dos fueron los objetivos fundamentales de este período: Madrid y Oviedo, pero en todos los demás sectores, las fuerzas locales se habían dado otros. Los andaluces no renunciaron hasta septiembre a la conquista de Córdoba y sus contrarios, después de conseguir la de Málaga, tuvieron que abandonar su intento de socorrer a los guardias civiles sitiados en el Santuario de Santa María de la Cabeza desde el principio de la guerra. En Levante los valencianos también parecían aceptar la inaccesibilidad de Teruel y los catalanes, fracasados ante Zaragoza, Huesca y Mallorca, se situaban a la defensiva.

Para romper el equilibrio Mussolini decidió intervenir y a lo largo del mes de enero llegaron 31.926 hombres que elevaban el total de los italianos en la península a 40.329, cifra que se incrementaría al mes siguiente hasta 47.176, y que decrecería a partir de entonces. Esas tropas constituyeron el CTV que al mando de Roatta fracasó en Guadalajara después de participar con éxito en Málaga. En uno y otro lugar se enfrentaron con los internacionales que eran ya 46.613 el 31 de marzo de 1937.

4. La decisión se logra en el Norte

Franco se convenció entonces de la inutilidad de mantener su esfuerzo sobre Madrid y cambió radicalmente su estrategia. Prohibió a Mola y Queipo iniciar ningún tipo de operaciones ofensivas, les ordenó que organizaran reservas y decidió aniquilar al Ejército Republicano del Norte. Contra él se podía

11 Las cifras de internacionales en CASTELL, Adreu: «Las Brigadas internacionales de la Guerra de España». Ariel. 1974, pág. 378; las de italianos en COVERDALE: «La intervención fascista en la Guerra Civil Española». Alianza Editorial. 1979, pág. 372. El total de efectivos está calculado sobre el de los incorporados en 1933 —156.672, de ellos 89.360 en lo que fue territorio republicano y 67.312 en el nacional—. Teóricamente 446.800 gubernamentales y 403.872 rebeldes.

aspirar a conseguir una superioridad que permitiera vencerle, pero ello exigía quedar en inferioridad en todos los restantes frentes. Sus guarniciones, en caso de ser atacadas, resistirían en sus puestos para dar tiempo a mover las reservas si se producía una peligrosa ruptura, o para permitir que siguiera la campaña del norte, en caso de que consiguieran mantener los frentes. Era la estrategia de uno contra diez y la táctica de diez contra uno.

Los republicanos, ante esa nueva estrategia de sus enemigos, resolvieron lanzarse a una serie de ataques por todos los frentes que atrajeran sus reservas y les obligara a detener su ofensiva. Contaban con que su organización llevaba apreciable ventaja.

El Ejército Popular era un hecho en dinámico desarrollo; las viejas columnas, estructuradas en Brigadas, Divisiones y Cuerpos de Ejército, habían dado nacimiento a los Ejércitos del Centro, Norte y Sur y a las Agrupaciones de Divisiones Sur Tajo-Extremadura y Teruel en tanto del lado nacional se seguía con las columnas de composición variable sin que en lo táctico se pasara del batallón ni en lo orgánico de las viejas divisiones territoriales, aunque a finales de 1936 las fuerzas que asediaban la capital se reunieron en la que se llamó división reforzada de Madrid y las de Vizcaya en las Brigadas de Navarra, pero las gubernamentales cometieron el grave error de que sus acciones siguieran teniendo el carácter local de su etapa cantonalista y así carecían de potencia¹² para explotar sus menguados éxitos.

Largo Caballero, asesorado por su jefe del Estado Mayor, decidió cambiar de conducta, atacar por Extremadura en dirección Mérida-Badajoz-frontera portuguesa; dividir en dos el territorio y las fuerzas de Franco y abatirse posteriormente hacia Sevilla para aniquilar la fracción que quedara al sur del corte. La empresa era viable, pues contaba con neta superioridad en tierra y aire pero los asesores soviéticos y el partido comunista, temiendo que un eventual éxito consolidara la posición del líder socialista, al que habían decidido sustituir, le negaron su concurso y la operación se canceló.

Mientras tanto Franco, con muchas dificultades, pues ni aún con su nueva estrategia pudo adquirir la superioridad que exige una ofensiva continuada, conquistó Vizcaya a lo largo de los meses de abril, mayo y junio, gracias a la supremacía aérea local que logró, y que puso de manifiesto con algunas acciones particularmente duras como los bombardeos de Durango y Guernica. El día 19 de junio las tropas de Mola, mandadas en ese momento por Dávila, pues aquél había muerto días antes en accidente de aviación, entraban en Bilbao.

Las acciones de unos y otros consumían grandes cantidades de pertrechos

12 En zona nacional en marzo se creó el MIR (Mando de Instrucción y Reclutamiento); las divisiones orgánicas pasaron a los Cuerpos de Ejército, también orgánicos, y se ordenó que cada uno creara, cuando menos, una división de reserva.

que en su casi totalidad llegaban por el mar medio en el que la guerra se desarrollaba con muchas limitaciones por la imposición de reducirla a la franja de las tres millas de aguas jurisdiccionales, pero los contendientes no aceptaban ese imperativo de las potencias y procuraban atacar a los mercantes en alta mar.¹³ Cuando la Flota republicana dominaba totalmente el Mediterráneo, los italianos protegieron sus mercantes en ruta hacia España y pusieron al servicio de los nacionales algunos submarinos que no se limitaban a defender sus propios barcos sino que en ocasiones atacaron los contrarios. Hubo así dos campañas intervencionistas italianas. La primera comenzó a finales del año 1936 durante ella se torpedeó con éxito al crucero «Miguel de Cervantes», al que se le ocasionaron tan graves averías que estuvo más de un año en reparación —y finalizó en enero con el «acuerdo entre caballeros» de Gran Bretaña e Italia; la segunda se inició al principio del verano de 1937— después de los ataques de la Aviación republicana a los buques italianos y alemanes del control y terminó con los acuerdos de Nyon de 14 de septiembre. En ambas se trataba de evitar la llegada a puerto de los abastecimientos procedentes de la Unión Soviética pero sólo se conseguiría en una mínima parte. El 95% de lo cargado llevaba a destino. Las acciones en alta mar, por su misma naturaleza pirata, eran pocos y los ataques dentro de la zona de las tres millas resultaban muy arriesgados. En uno de ellos, el 20 de abril, se perdió el acorazado «España».

Los abastecimientos rusos permitieron consolidar la organización del Ejército Popular, fuerte en mayo de 1937 de 13 Cuerpos de Ejército, 47 Divisiones y 153 Brigadas Mixtas, sin contar las fuerzas del Ejército del Norte¹⁴ y el nuevo jefe de Estado Mayor, Vicente Rojo, se dispuso a llevar a la práctica los consejos de su predecesor pero proponiéndose como objetivo las tropas que asediaban Madrid. Antes, y para probar a las suyas, realizó sendas operaciones sobre Huesca y Segovia sin resultado positivo alguno y luego, ya en julio y por tanto después de la caída de Bilbao, reunió tres cuerpos de ejército y los lanzó, en una maniobra de doble envolvimiento, sobre las fuerzas que mandaban Yagüe y Varela, dando lugar a la batalla de Brunete que obligó a los nacionales posponer su ofensiva sobre Santander y a concentrar en el sector amenazado a parte de las brigadas de Navarra y a todas su reservas disponibles en Extremadura y Galicia. Las pequeñas guarniciones del sector atacado resistieron denodadamente el tiempo que necesitaron aquellos para moverse hacia el nuevo

13 Estrada, M.^a Cabrera, Alvarez Coque (Rojo).

14 En agosto de 1936, cuando el gobierno decretó el bloqueo de los puertos en manos de los rebeldes, su Flota detuvo algunos navíos alemanes en aguas del Estrecho, pero su gobierno, negó al español el derecho de visita en alta mar y sentó un principio que aceptaron todas las potencias.

15 La militarización de las milicias se había consumado y los ejércitos de Euskadi y Cataluña se integraron en el Popular de la República. El proceso se completó en mayo de 1937 en Cataluña y se demoró hasta agosto en el Norte.

frente y Miaja, que mandaba el Ejército de Maniobra republicano, tuvo que detener su ofensiva a los cinco días de iniciada. Franco cometió entonces el error de querer obligar a los republicanos a replegarse del terreno que habían conquistado y que carecía de todo valor táctico, estratégico, económico o político y se empeñó en una absurda batalla de desgaste que le ocasionó serias pérdidas y como única ventaja la de recuperar la aldea de Brunete totalmente destruida. Cuando se persuadió de que su proceder era insensato, recuperó sus tropas de maniobra y se volvió al norte para proseguir la metódica destrucción del Ejército que entonces mandaba el general Gamir.

Vicente Rojo trasladó sus fuerzas de maniobra a Aragón y dispuso otra operación de gran alcance: la conquista de Zaragoza y la eventual persecución de sus contrarios Ebro arriba hasta enlazar con los defensores del Norte. Al mando del general Pozas cuatro grandes Agrupaciones de Divisiones se lanzan a la ofensiva el día 23 de agosto, nueve después de que Dávila rompiera las líneas de Santander. Como en Brunete, las pequeñas guarniciones de Codo, Quinto, Mediana, Fuentes de Ebro y Belchite, frenaron la velocidad de progresión de los atacantes que fueron detenidos sin necesidad de recurrir a las tropas que tomaron Santander el 26 y que de allí continuaron hacia Asturias. El Ejército del Norte (Coronel Prada) todavía con tres cuerpos de ejército —XIV, XVII y Agrupación de los Puertos—, se defendió con heroísmo y tenacidad pero el día 21 de octubre las tropas de Dávila entraban en Gijón dando fin a la campaña.¹⁶

Ese acontecimiento fue resolutivo. El equilibrio había quedado definitivamente roto y la superioridad del bando nacional se establecía de manera incuestionable. Los republicanos habían perdido en el norte 4 Cuerpos de Ejército —XIV, XV, XVI y XVII—; 16 divisiones —de la 48 a la 63— y 55 brigadas mixtas —de la 154 a la 205—, lo que suponía la cuarta parte del Ejército Popular, cuatro provincias con 1.943.536 habitantes, la casi totalidad de la industria siderometalúrgica española y más de las tres cuartas partes del hierro, el carbón y el cinc que se beneficiaba en la península. Todo ello pulverizaba la anterior relación de potencia.

En el aire se había producido un fenómeno similar. La Aviación republicana, incapaz, por la distancia, de concentrarse en uno u otro frente se había visto obligada a desplazar al norte una importante fracción del grueso y allí, en inferioridad de condiciones, dada la estrechez de la zona y la escasez de aeródromos, tuvo que combatir contra fuerzas superiores y sucumbió. Más de 250

16 El Ejército del Norte republicano le mandó inicialmente el General Llano de la Encamienda; en junio de 1937 se dividió en el de Santander y Asturias (Llano) y el Vasco (Gamir). Al caer Bilbao volvió a unificarse bajo la jefatura de Gamir y cuando se perdió Santander, el Cuerpo Soberano de Asturias y León le destituyó y nombró al coronel Prada.

aviones quedaron destruidos y teniendo en cuenta que cuando empezó la campaña el número de los operativos en cada uno de los bandos no rebasaban los cuatrocientos, podemos darnos idea de lo catastrófico que fue ese resultado.

En el mar, sin que las cosas llegaran tan lejos, dada la incuestionable superioridad de la Flota republicana, también se acortaron distancias. Los republicanos habían perdido el acorazado Jaime I; dos destructores: Ferrándiz y Ciscar; y los submarinos B-5, B-6, C-1, C-5 y C-6; tenían en dique por graves averías el crucero Cervantes y los destructores Churruca, Alcalá Galiano y José Luis Díez, y los submarinos C-2 y C-4 se encontraban en Francia, aunque los submarinos no tardarían en incorporarse a la Flota en el Mediterráneo.¹⁷

5. La increíble capacidad de recuperación del Ejército Popular

Sin embargo el gobierno no aceptó la derrota y se lanzó a una frenética tarea de reorganización. Antes de que terminara el año había restablecido la paridad teórica con los nacionales. Movilizó 5 reemplazos, puso en pie los Ejércitos de Maniobra, Levante, Andalucía y Extremadura y el Ejército de la República quedó integrado por 6 Ejércitos; 19 Cuerpos de Ejército; 56 Divisiones y 167 Brigadas Mixtas en tanto sus victoriosos contrincantes, que también llamaron a filas a 5 reemplazos y habían recuperado a más de 100.000 de los hombres del Ejército del Norte contrario, sólo tenían 43 Divisiones encuadradas en 11 Cuerpos de Ejército.¹⁸

Las grandes aportaciones procedentes del exterior durante la primavera y el verano permitieron dotar a todas esas fuerzas, que en el bando republicano compensaban las pérdidas en el norte.

Cuando todo hacía prever la iniciación de una decisiva y definitiva ofensiva de Franco, que desplegaba sus cuerpos de Ejército por las altas Sierras Alcañices para reproducir en gran escala la maniobra en la que fracasaron los italianos en el mes de marzo, los republicanos se adelantan y dejando en suspenso su proyectado plan P, inspirado en la operación «Extremadura» planeada por Largo Caballero en mayo, dan un golpe de mano sobre Teruel.¹⁹

El día 14 de diciembre el coronel Hernández Saravia, jefe del Ejército de Levante, se lanza a la ofensiva, y mientras los Cuerpos de Ejército XVIII y XXII enlazan a retaguardia de Teruel, completando el sitio de su guarnición, el XX se dirige a la conquista de la ciudad y el XIX atiende a la seguridad de los

17 Por otra parte los nacionales, que habían perdido al acorazado España; adquirieron en Italia los submarinos «Sanjurjo» y «Mola»; los destructores Ceuta, Melilla, Huesca y Teruel y 7 lanchas torpederas y pusieron en servicio al crucero Baleares y al minador Júpiter. Con el Cervantes en reparación, tenían superioridad en grandes buques —3 cruceros contra 2— pero siguieron con notable inferioridad en destructores (los que habían comprado eran muy anticuados).

18 Reorganización de octubre.

19 Plan P.



frentes pasivos. La maniobra tiene un éxito completo y como había previsto Rojo, Franco acude al llamamiento dispuesto a enlazar con los defensores de Teruel que resistían tenazmente. Durante dos semanas las tropas de Aranda y Varela se abren penosamente un estrecho pasillo hasta la ciudad a la que llegan el día último del año pero sin conseguir liberar a los sitiados que al fin se ven obligados a capitular el 7 de enero. Militarmente lo correcto hubiera sido abandonar la partida, dar por finalizada la batalla, aceptar la pérdida de la localidad y mantener el plan previsto, aunque no era el más adecuado para conseguir un resultado definitivo. Sin embargo Franco, como en Brunete, se empeñó en recuperar lo perdido y se lanzó a una dura batalla de desgaste que no terminó hasta que el 21 de febrero consiguió su propósito. El orgullo había quedado a salvo pero a costa de tres meses de duro batallar, graves pérdidas y escasos rendimientos. La situación era muy parecida a la inicial y se tenía que volver a empezar.

Franco modificó entonces sus proyectos, abandonó el de atacar a Madrid, renunció a cualquier idea de continuar a partir de las posiciones logradas en Teruel y cambió el despliegue de sus tropas situándolas a lo largo del frente de Aragón y muy especialmente al sur del Ebro. El nuevo plan, —cuyas posibilidades se habían puesto de manifiesto cuando durante la batalla de Teruel se buscó el flanco libre en la brillante acción de Alfambra— era romper el frente de los Ejércitos del Este y Maniobra y, una vez vencidos, perseguirles hasta el mar.

Antes de que se iniciara la ejecución la Flota republicana logró un notable triunfo al hundir al «Balears», —buque insignia de la División de Cruceros de la Flota del bloqueo, establecida en Mallorca en octubre de 1937 que había obligado a los soviéticos a abandonar la ruta del Mediterráneo y seguir la mucho más larga y excéntrica de los mares Báltico y Blanco, que exigía, cuando menos, dos trasbordos de las mercancías—, y volvieron a recuperar la superioridad naval aunque no supieron aprovecharla.²⁰

Sin dar demasiada importancia a este incidente Franco se lanza a la ofensiva. Desde el Pirineo a las minas de Utrillas despliegan los cuerpos de Ejército de Navarra, Aragón, Marroquí, CTV y Galicia, mientras la Agrupación de Divisiones de García Valiño se incrustaba entre los cuerpos de Ejército Marroquí y CTV para facilitar su progresión. En conjunto 23 Divisiones, de las cuales una de caballería, que se enfrentarían con las 18 de los Cuerpos de Ejército X, XI, XII, XXI, XXII, V y XVIII. El éxito fue aplastante. En pocos días el Ejército del Este dejó prácticamente de existir y el de Maniobra quedó molido y maltrecho. El 14 de abril los navarros de García Valiño y Alonso Vega

²⁰ Por añadidura el hundimiento del Balears coincidió con la vuelta al servicio del «Cervantes». No obstante la ruta del Mediterráneo siguió cerrada a los convoyes soviéticos.

llegaban al mar Mediterráneo y dividían en dos el territorio y el Ejército Republicano. El reconstruido Ejército del Este y parte del de Maniobra se replegaron detrás de los ríos Ebro, Segre y Noguera Pallaresa y otra fracción del Ejército de Maniobra y el hasta entonces intacto Ejército de Levante se dispusieron a defender el nuevo frente al sur del corte extendido por las duras tierras del Maestrazgo. La guerra parecía próxima a terminar.²¹

El gobierno republicano dimitió y se formó uno nuevo decidido a mantener una resistencia contra toda esperanza. Los acontecimientos en Europa impulsaron una sorprendente decisión. Franco renunció a perseguir a las batidas y desarticuladas tropas que defendían Cataluña y se dirigió hacia Valencia. Esto, y las masivas aportaciones procedentes del exterior, permitió que se rehicieran articuladas al mando de Hernández Saravia en el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental, en tanto las del Sur se integraban en el Grupo de Ejércitos de la Región Central al de Miaja. Así surgió de sus cenizas un nuevo ejército. Se llaman a filas 9 reemplazos y se ordena que se dé nueva vida a todas las unidades desaparecidas en el Norte o destruidas en Aragón. El Ejército debía quedar constituido por 7 ejércitos, 22 Cuerpos de Ejército, 66 Divisiones y 202 Brigadas Mixtas y, aunque con ciertas variantes el plan se llevó a cabo.²²

Esa ingente tarea de reorganización demostraba la enorme vitalidad que conservaba el Ejército Popular y la elevada moral de sus componentes. Los Cuerpos de Ejército de Franco —Galicia, Castilla, Agrupación de Divisiones de García Valiño, CTV y Turia— conquistaron las provincias de Castellón y Teruel, pero cuando parecía que el último obstáculo que se oponía a su avance se iba a superar, el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental entra en acción, rompe el Frente del Ebro, atraviesa el río y abre un boquete en el sistema defensivo de Franco que impone la detención de su ofensiva sobre Valencia para acudir a taponar la brecha.

El Ejército del Ebro arrolló a la división que vigilaba el sector, y consiguió un brillante pero efímero éxito. La ofensiva se agotó en muy pocas jornadas y el intento de invertir la situación estratégica fracasó; pero el General Franco, como en Brunete y Teruel, empeñó su amor propio y su prestigio en recuperar a toda costa el terreno perdido, y se lanzó a una estúpida batalla de desgaste. Tres meses costó esta estéril aventura que se saldó con la expulsión de los republicanos de un suelo que defendieron con resolución y heroísmo. El balance de pérdidas fue muy alto y equilibrado, pero como cuando esto sucede pierde más el que tiene menos, los republicanos salieron perjudicados. Por

21 La resistencia republicana brindaría, sin embargo, nuevas sorpresas.

22 El plan se cumplió con ligeras variantes y aún dio para mantener el XIV Cuerpo de Ejército de guerrilleros; unidad especializada con escasos efectivos. La movilización, prácticamente finalizada en zona nacional, se aceleró en la republicana.

añadidura la batalla aérea les había sido adversa y al final sólo podían enfrentar 322 aviones a los 492 de los nacionales.²³

Para rehacer sus fuerzas recurrieron a la movilización, llamaron 7 reemplazos y dieron cima a una nueva reorganización ordenada el 1 de octubre de 1938. El Ejército quedó constituido por 2 Grupos de Ejército; 6 Ejércitos; 22 Cuerpos de Ejército y 1 de guerrilleros; 70 Divisiones de Infantería y 2 de blindados; 200 Brigadas Mixtas, 4 de Caballería y 4 de Artillería Antiaérea. Para dotarle reiteraron el pedido de 23 de junio a la Unión Soviética, consistente en 2.071 cañones, 400.000 fusiles, 6.000 fusiles ametralladoras, 4.000 ametralladores, 50 tanques y 176 blindados con cañón, para el Ejército; 104 cañones, 100 torpedos y 18 lanchas torpederas para la Marina y 407 aviones de combate para las Fuerzas Aéreas.²⁴

Los nacionales, que únicamente llamaron reemplazo y medio solicitaron de Alemania 50.000 fusiles, 1.500 fusiles ametralladores, 500 ametralladoras y 100 cañones para armar 4 nuevas divisiones.²⁵

La campaña de Cataluña se inició la víspera de Navidad y en ella desapareció el Grupo de Ejércitos de la Región Oriental reforzado con 1 Cuerpo de Ejército, 2 Divisiones y 5 Brigadas Mixtas.

Al caer Cataluña sólo quedaba a la República el Grupo de Ejércitos de la Región Central con 4 Ejércitos; 17 Cuerpos de Ejército; 49 Divisiones de infantería, una blindada y 3 de asalto; 138 Brigadas Mixtas, 3 de caballería, 1 de defensa de costas y 2 antiaéreas. Frente a este Ejército, aún formidable, Franco alineó 4 Ejércitos; 18 Cuerpos de Ejército o Agrupaciones de divisiones y 59 Divisiones de infantería y 2 de caballería. El desequilibrio no era muy grande pero las Fuerzas de Miaja tenían dos grandes debilidades: su total aislamiento, que dificultaba hasta la casi imposibilidad la recepción de recursos, y la falta de apoyo aéreo, reducida su aviación a 100 aviones frente a los 500 de sus contrarios.²⁶

Las esperanzas se mantuvieron hasta la caída de Cataluña y para evitarla Miaja lanzó, por fin, la ofensiva por Extremadura tantas veces proyectada y que, en esa ocasión, tuvo que ser modificada pues el entrante hacia Mérida desapareció en agosto de 1938 con el cierre de la bolsa de la Serena por los Ejércitos de Queipo de Llano y Saliquet. Escobar avanzó en enero de 1939 por el sector de Valsequillo y, como siempre, logró un gran éxito inicial, que también como siempre, fue breve. Las reservas nacionales detuvieron la pene-

23 SALAS LARRAZÁBAL, J.: «El día más amargo de los Natachas. Nochebuena 1938» Rev. *Aeroplano*. Noviembre, 1935, pág. 76.

24 IBÁRRURI, Dolores y colaboradores: «Guerra y Revolución en España». Ed. Progreso. Moscú 1977, Tomo IV, págs. 328-329.

25 A.S.W. Documento 475 (versión francesa).

26 Ver nota 23.

tracción con la ayuda de la firme resistencia de las guarniciones de las sierras del Médico y Trapera, y sus tropas se vieron obligadas a regresar a sus bases de partida.

A partir de ese momento empezaron las defecciones y las conspiraciones. Menorca se rindió el 9 de febrero; en Cartagena estallan una serie de sublevaciones el 3 de marzo; el Almirante Buiza abandona la lucha el día 4, y el 5, Casado se subleva en Madrid donde constituye, bajo la presidencia de Miaja, un Consejo Nacional de Defensa que asumió el poder e inició conversaciones para llegar a una paz que quiso negociada.

Negrín, el Gobierno y los dirigentes comunistas, poniendo de manifiesto que no tenían ninguna fe en proseguir una resistencia sin futuro, cedieron el campo al Jefe del Ejército del Centro y se marcharon al extranjero sin apoyar a los militares comunistas que se habían alzado contra él. Después de varios días de duros combates las tropas de Casado se impusieron. No tuvo el mismo éxito con Franco, que se negó a aceptarle como interlocutor y sólo condescendió a que subordinados suyos recibieran los términos de una rendición sin condiciones.

Casado forcejeó, pero cuando Franco se lanzó a la ofensiva el 24 de marzo, ordenó que no se le hiciera resistencia. La guerra terminó siete días después.

En zona republicana se movilizaron 27 reemplazos —1.750.000 hombres— y en la nacional 14, 5 —1.260.000—. Frente a estos números representan poco los 72.827 italianos —sólo 63.043 antes de que comenzara 1939— y los 61.582 internacionales que contabiliza Andreu Castell.²⁷

Los aviones operativos adquiridos o construidos por los republicanos fueron 1.475 y los importados por nacionales 1.253. Estos recibieron 2.500 cañones —incluidos los de pequeño calibre— y aquéllos —datos incompletos—, 2.000 cañones, 632 tanques y blindados y 415.000 fusiles.²⁸

La financiación exterior de este esfuerzo costó a los republicanos 6.500 millones de pesetas de la época y 6.000 millones a los nacionales. La financiación interior, mucho más elevada, subió para el gobierno a 23.000 millones y a 10.000 millones para Franco.

27 Hay que añadir los 15.000 alemanes que se sucedieron la Legión Cóndor; una cifra sensiblemente menor de soviéticos —que se relevaron menos pero que fueron casi los mismos durante la primera mitad de la guerra—; los 70.000 marroquíes que nutrieron las fuerzas indígenas y los varios millares de portugueses de difícil cuantificación en una y otra zona porque se diluyeron en las unidades españolas.

28 SALAS LARRAZÁBAL, R.: «Los datos exactos de la Guerra Civil». Colección Drácena. Madrid. 1980, págs. 294-307.